La Última Curva

Art. 87 12 de octubre de 2026

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

Perdonen que insista

Reflexiones desde el límite entre lo legal, lo humano y lo absurdo.

Perdonen que insista.

Sé que he escrito muchas veces sobre el alcohol, sus consecuencias, las víctimas y las decisiones — no solo las nuestras — políticas que nunca terminan de llegar. Y ahora, cuando la proposición de ley para reducir la tasa máxima de alcohol al volante había conseguido superar su primer trámite parlamentario, la disolución de las Cortes ha puesto fin a su recorrido. La proposición cae con la legislatura. Otra vez a empezar. Otros debates, otras negociaciones, otras promesas y, por supuesto, otras fotografías. Que no falten las fotografías, que siempre quedan estupendamente, aunque después no quede absolutamente nada de lo que se estaba celebrando.

Pero hoy no quiero hablar de política, al menos no solamente. Quiero hablar de algo que me inquieta bastante más: nuestra propia conciencia. O, mejor dicho, la confianza casi religiosa que depositamos en ella. Porque si hay algo que hacemos extraordinariamente bien los seres humanos es convencernos de que tenemos razón, incluso cuando no tenemos ni idea de lo que está pasando dentro de nuestra cabeza.

Tenemos una relación bastante peculiar con el alcohol. Forma parte de nuestras celebraciones, de nuestras reuniones, de nuestra manera de relacionarnos y hasta de nuestra identidad cultural. Brindamos por los éxitos, ahogamos las penas y acompañamos cualquier conversación con una copa. Bebemos cuando estamos contentos y cuando estamos tristes. Cuando ganamos y cuando perdemos. Cuando tenemos algo que celebrar y cuando necesitamos olvidar. Vamos, que si el alcohol tuviera que justificar su presencia en nuestra sociedad, probablemente tendría más argumentos que algunos diputados en el Congreso.

Y lo hemos integrado de tal manera en nuestra vida que apenas nos preguntamos qué estamos introduciendo realmente en nuestro organismo. Porque el problema no comienza necesariamente con la tercera copa, ni con la borrachera, ni con ese individuo que necesita apoyarse en una farola para encontrar su coche. Comienza mucho antes, cuando damos por hecho que seguimos siendo exactamente los mismos después de haber bebido.

Nos gusta pensar que somos dueños absolutos de nuestras decisiones. Que sabemos lo que hacemos, que conocemos nuestros límites y que tenemos suficiente experiencia para distinguir cuándo estamos bien y cuándo no. Nuestra conciencia nos ofrece una imagen de nosotros mismos que aceptamos sin demasiadas preguntas. Soy yo, pienso como siempre, decido como siempre, estoy perfectamente. Y si alguien se atreve a cuestionarlo, siempre podemos recurrir al argumento científico más utilizado en las barras de los bares: «A mí una cerveza no me hace nada».

Pues quizá sí.

El alcohol es una sustancia psicoactiva que actúa sobre nuestro cerebro. Puede modificar la atención, la percepción, el autocontrol y la valoración de las consecuencias, incluso antes de que

aparezca una sensación clara de embriaguez. No necesita desconectarnos de la realidad ni convertirnos en alguien irreconocible. Sus efectos pueden ser mucho más discretos. Y ahí está precisamente la cuestión. No hablamos necesariamente de perder la capacidad de pensar, sino de que pueda cambiar, aunque sea ligeramente, la manera en que pensamos.

Porque una cosa es saber que estamos tomando una mala decisión y otra muy distinta es tomarla convencidos de que es perfectamente razonable. El alcohol puede afectar no solamente a determinadas capacidades, sino también a nuestra valoración de esas capacidades. Podemos sentirnos seguros cuando deberíamos ser más prudentes, confiar en un juicio que quizá ya no es exactamente igual al que teníamos antes de beber. Y lo verdaderamente peligroso es que no existe una alarma interior que nos avise. No aparece un piloto rojo en la frente, ni una voz que nos diga que acabamos de perder un poquito de criterio. Una lástima, porque seguramente lo venderían como accesorio obligatorio del coche.

Seguimos siendo nosotros. O eso creemos.

Hay algo profundamente contradictorio en todo esto. El cerebro es el órgano con el que pensamos, pero también aquel con el que juzgamos si estamos pensando correctamente. Y cuando introducimos una sustancia que puede alterar su funcionamiento, le estamos pidiendo al mismo sistema que evalúe sus propias alteraciones. Algo parecido a pedirle a un alumno que se examine, se corrija y se ponga la nota. Y, por supuesto, que después nos asegure que ha sacado matrícula de honor.

Podemos perder parte de nuestra capacidad para valorar un riesgo sin perder la convicción de que lo estamos valorando bien. Y esa diferencia, aparentemente insignificante, puede resultar decisiva cuando nos ponemos al volante.

Conducir no consiste solamente en manejar un vehículo. Consiste fundamentalmente en decidir. Decidir si adelantamos o esperamos, si esa distancia es suficiente, si debemos frenar, si podemos incorporarnos, si la velocidad es adecuada. Miles de pequeñas decisiones que tomamos casi sin darnos cuenta y que, en determinadas circunstancias, pueden separar la vida de la muerte. Y no hace falta estar borracho para que el alcohol pueda influir en alguna de ellas. Tampoco hace falta sentir que nos ha afectado. De hecho, esa es una de las trampas: podemos estar convencidos de que todo funciona perfectamente mientras nuestra capacidad para juzgar determinadas situaciones ya no es exactamente la misma.

Pero quizá el problema sea todavía más profundo. Nuestra extraordinaria capacidad para justificarnos. Nos resulta relativamente sencillo reconocer una imprudencia cuando la comete otra persona. La criticamos, nos indignamos y nos preguntamos cómo alguien pudo actuar de semejante manera. Sin embargo, cuando se trata de nosotros, las circunstancias cambian. Nosotros sabemos lo que hacemos. Nosotros tenemos experiencia. Nosotros controlamos. Nosotros somos la excepción. Debe de ser por eso por lo que hay tantos conductores excepcionales y, curiosamente, seguimos teniendo tantos siniestros.

Y así convertimos la ausencia de consecuencias en una supuesta demostración de seguridad. He conducido después de beber cien veces y nunca ha pasado nada. Magnífico. También hay quien lleva toda la vida cruzando por donde no debe y todavía no le han atropellado. No sé si eso demuestra inteligencia o simplemente que la suerte sigue haciendo horas extraordinarias.

Quizá esa sea una de las debilidades más peligrosas de nuestra conciencia: su extraordinaria facilidad para absolvernos. Nos cuesta aceptar que nuestra percepción no siempre coincide con la realidad, que sentirnos capaces no significa necesariamente serlo y que estar convencidos de algo no lo convierte en cierto. Y cuando hablamos de conducir, esa incapacidad para cuestionarnos deja

de ser exclusivamente un problema personal. Porque nuestras decisiones ya no afectan solamente a nuestra propia integridad, sino también a la de personas que no han elegido asumir ningún riesgo por nosotros.

No pretendo afirmar que una sola cerveza convierta inevitablemente a cualquiera en un conductor incapaz. Sería absurdo. La cantidad consumida, el organismo y otras circunstancias influyen en sus efectos. Lo que digo es algo mucho más sencillo: **no podemos utilizar nuestra propia sensación de normalidad como garantía de que el alcohol no nos ha afectado**. Y cuando lo que está en juego es la vida de otra persona, esa incertidumbre debería bastarnos para tomar una decisión responsable. Aunque comprendo que renunciar a una caña pueda parecer un sacrificio insoportable para una civilización que ha conseguido llegar a la Luna, pero todavía necesita hacer cálculos para saber si puede conducir después del aperitivo.

Tal vez por eso me cuesta tanto comprender nuestra resistencia a aceptar cero alcohol al volante. No estamos hablando de prohibir beber, sino de comprender que existen circunstancias en las que la responsabilidad consiste precisamente en renunciar a algo. Ser libre no significa que todas nuestras decisiones sean acertadas. Ser consciente no significa que nuestra conciencia sea infalible. Y ser adulto no nos convierte en inmunes al autoengaño, aunque algunos parezcan haber obtenido un máster en esa especialidad.

Mientras tanto, seguiremos discutiendo sobre tasas, procedimientos y calendarios parlamentarios. Una proposición que avanza, una legislatura que termina y una oportunidad que vuelve a desaparecer. Los políticos volverán a sus campañas, nosotros volveremos a escuchar sus promesas y el alcohol seguirá haciendo su trabajo sin necesidad de presentarse a las elecciones. Pero el verdadero cambio que necesitamos no depende exclusivamente del Congreso. También depende de nosotros, de nuestra capacidad para dejar de preguntarnos cuánto podemos beber antes de conducir y empezar a preguntarnos por qué necesitamos beber absolutamente nada.

Perdonen que insista, pero quizá seguimos buscando respuestas en el lugar equivocado. Nos empeñamos en demostrar que somos capaces de conducir después de una cerveza, cuando lo verdaderamente inteligente sería comprender que no tenemos ninguna necesidad de demostrarlo. No se trata de saber hasta dónde podemos acercarnos al peligro, sino de reconocer que podemos evitarlo. No es una cuestión de resistencia, ni de experiencia, ni de hombría, aunque alguno todavía crea que aguantar el alcohol es una virtud digna de figurar en su currículum.

Y la próxima vez que alguien diga que una cerveza no le afecta, quizá deberíamos hacerle una pregunta muy sencilla: **¿cómo sabes que no te ha afectado, si precisamente aquello que puede verse afectado es tu capacidad para darte cuenta?**

Perdonen que insista. Pero mientras sigamos confundiendo lo que creemos con lo que realmente somos capaces de hacer, seguiremos poniendo nuestra confianza por encima de la seguridad de los demás.

Y hay decisiones en las que esa confianza puede salir demasiado cara.

Sobre todo cuando quien paga el precio no es quien tomó la decisión.

David Landazábal